

Mariátegui o el discurso de la piedra: un análisis genológico de los *Siete ensayos*

Miguel Gomes

The University of Connecticut-Storrs
magomessilva@hotmail.com
Estados Unidos

Resumen: Mediante análisis intertextuales y retóricos, este artículo discute algunas implicaciones ideológicas que tiene el recurso al género ensayo en *Siete ensayos sobre la realidad peruana* de José Carlos Mariátegui.

Palabras claves: Mariátegui, ensayo hispanoamericano, teoría del género.

Title and subtitle: Mariátegui or the stone's discourse: a genre analysis of the *Siete ensayos*.

Abstract: By means of intertextual and rhetorical analyses, this article outlines some ideological implications of José Carlos Mariátegui's use of the essay genre in *Siete ensayos sobre la realidad peruana*.

Key words: Mariátegui, Spanish American essay, genre theory.

Se ha leído a José Carlos Mariátegui desde infinidad de ángulos. Se ha reparado, en particular, en las consecuencias doctrinarias de su obra máxima, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* [1928]. Sin embargo, no siempre se ha prestado atención al hecho de que se trata de un ensayista, es decir, un literato. Esa relativa omisión de la bibliografía crítica¹ es la más importante de varias a las que nos enfrentaremos aquí, pues podría indirectamente conducirnos a una comprensión más integral del pensamiento de un sujeto que ha decidido expresar sus ideas a través de un género literario poseedor de ciertas

¹ Una variante de la omisión es la alusión casi accidental a lo que puede constituir un aspecto central del texto. En un artículo de Françoise Perus, por ejemplo, pese a que se tratan lúcidamente temas políticos, la discusión genológica parece casi casual, como si constituyera un obstáculo para el examen posterior de asuntos verdaderamente serios: "En primer lugar, cabe recordar el énfasis puesto por Mariátegui en el carácter inacabado —es decir abierto— de su libro, y de cada uno de los 'ensayos' que lo componen. En ese sentido, el término 'ensayo' utilizado por el autor me parece remitir mucho más a la idea de un intento de aproximación (a la realidad peruana [la de una nación a medio hacer]) que a una forma genérica —la del ensayo— cuyas características pudieran ser definidas en abstracto" (1996: 249). Cabría preguntarse, para observar la falsa dicotomía sobre la cual descansan las razones anteriores, hasta qué punto la decisión de Mariátegui de cultivar un género se oponía a su intelección de la realidad nacional. ¿Qué impide que una opción genológica pueda perfectamente acompañar y complementar los objetivos prácticos de un escritor? El hecho de que Perus entienda por ensayo —nombre que también nos recuerda la noción de esbozo— el vehículo para acercarse a un mundo incompleto refuerza, a mi ver, la necesidad de ocuparse mucho más a fondo de tal estrategia literaria.

reglas e institucionalizado en Hispanoamérica desde la época de la Ilustración.

Hasta el momento, únicamente David William Foster se ha ocupado eficazmente de los que llama "procesos metadiscursivos" de *Siete ensayos* y ha hecho ver el pulcro manejo en ellos de ciertos "ardides" retóricos (1983: 79-97). Gracias al estudio de Foster puede vislumbrarse cómo se las arregló Mariátegui tanto para dejar en claro la originalidad de su pensamiento como para representar con palabras las contradicciones ideológicas que denunciaba convencidamente en su país. Pese a ello, falta ahora verificar hasta qué punto la tenaz acusación del peruano, en efecto, se vincula únicamente a la "realidad" por él mencionada, la de los intérpretes previos, o si, más bien, convendría observar en su labor síntomas paralelos de otras contradicciones menos colectivas y extratextuales. Me refiero a las presentes en la escritura que denuncia o juzga y en el escritor que se confiere el derecho de ser acusador o juez, reclamando, por lo tanto, el poder de intervenir en la conducta ajena que considera errada.

Hay obras literarias divididas, en conflicto consigo mismas, cuyo mayor logro es hacer sentir al público su tensión interna, no exenta de matices trágicos por revelar un dilema en la conciencia del autor. *Siete ensayos*, a mi modo de ver, es una de ellas y, por eso mismo, una muestra ejemplar del género al que explícitamente dice pertenecer.

II

Puesto que el ensayo como institución suele exigir cierto grado de atención a la individuación del discurso, a la personalidad que siente y piensa tras él², no está de más que recordemos algunos detalles de la vida de Mariátegui que, por otra parte, han circulado profusamente. Transcribiré una de las últimas versiones del texto vital que corre junto al literario y lo complementa en muchos sentidos para la mayoría de los lectores:

Hijo de Francisco Xavier Mariátegui, de origen vasco, y de María Amalia La Chira Vallejos, que se cree descendiente del cacique La Chira, nació José Carlos Mariátegui el 14 de junio de 1895. Debido a un percance juvenil —un compañero estudiante le propinó un puntapié en la rodilla— Mariátegui desde niño cojea. A los once años comienza a trabajar como ayudante de linotipista (...). En 1919 funda el diario *La Razón* que se dedica a apoyar a las clases proletarias. [Poco después] es ordenado a marchar a Italia por su oposición al régimen de la nueva clase burguesa. En ese país se adhiere al socialismo de extrema izquierda y contrae matrimonio con una joven italiana. A su regreso (...) funda la revista *Amauta* (...), pierde una pierna, que le es amputada, y desde entonces se ve obligado a utilizar una silla de ruedas. En 1928 termina el libro que lo ha hecho famoso, *Siete ensayos*... (...). Organizó al proletario en (...) confederaciones laboristas.

² Cito sólo uno de los muchos comentarios críticos al respecto: "El sujeto de la escritura en la narrativa es siempre un narrador. El yo ficticio del narrador puede alegar su identidad con el yo del autor, pero esto no será más que uno de los tantos recursos con que la narrativa enfrenta la batalla de la verosimilitud. El sujeto de la escritura en el ensayo es siempre el autor. El discurso ensayístico no necesita de la mediación de un hablante imaginario, aun cuando el autor adopte poses como las del profeta, el científico, el profesor, etc. Incluso en casos como los del *Ariel*, el enmarcamiento narrativo no genera más que algunos vocativos, algunas frases alusivas a la situación ficticia (...). El ensayo hace realidad el sueño del lector de novelas inocente de atribuir todas las ideas expresadas en el discurso al dueño de la mano que escribe" (Giordano, 1985: 208-9).

DOSSIER

La enfermedad de la pierna lo siguió molestando y murió a consecuencia de ella, en plena juventud, el 16 de abril de 1930 (...) (Díaz, 1970: 152-3).

Recuentos biográficos como los de Guillermo Rouillon (1963) añaden matices de consideración: la madre de Mariátegui era una campesina mestiza y su padre miembro de una familia poderosa; el padre desaparece muy pronto del hogar, cuya situación económica será precaria desde entonces; por culpa del mal físico, el joven intelectual no puede completar su educación escolar, lo que lo obliga a efectuar a solas y con gran fuerza de voluntad sus lecturas; etcétera.

Ese otro texto, el "personaje" Mariátegui, ya circulaba oralmente mucho antes de la aparición de su obra maestra. Escándalos nocturnos; ataques de militares: era una figura tan célebre en el Perú, que el régimen de Augusto Leguía no se atrevió simplemente a encarcelarlo por su activismo político, sino que le ofreció la alternativa de marcharse a Europa como representante del país. De hecho, en ocasiones se censuraba al escritor precisamente por lo que era sentido como la intromisión de su personalidad en su labor literaria. Toda una vertiente de la escritura de Mariátegui se ocupa de esto. Lo vemos, por ejemplo, responder públicamente en 1916:

Se me acusa de petulancia, de teatralidad y de 'pose'. Es injusta como todas esta acusación. Hay de cierto sólo que no tengo la hipocresía fácil y arribista de proclamarme modesto (...). No busco embozos ni me agradan disfraces. Me descubro como soy, escribo como siento y nunca haré la profanación de mistificar mi emoción espiritual por dar a un artículo, a un cuento o a una poesía embustero velo de humildad (...) (Mariátegui, 1979: 290).

Desde luego, sería fácil que a la dura infancia del escritor se atribuyera el origen de muchas de sus ideas sobre el Perú: necesidad de reivindicar lo indígena; idealización de la antigua sociedad incaica, cuya justicia "comunista" se pierde con la llegada de los europeos y sus secuaces, negros, mulatos, zambos y *coolies*; persecución de los engaños fraguados por la oligarquía, que continúa en el presente la decadente y empobrecedora tradición colonial; adopción del marxismo como vía de llevar a cabo los objetivos anteriores. Sería fácil, sin duda, arraigar la ideología en la biografía; pero, ciertamente, no sería muy útil para una relectura del ensayismo de su libro máximo. Más productivo, creo, es tener presente que Mariátegui experimentó en su carrera la culpabilidad del "yoísmo", al extremo de que se vio obligado a defenderse de él. Exploremos más esta cuestión.

En efecto, en 1926, cuando ya está escribiendo y organizando el material que incorporará a los *Siete ensayos*, se escucharán todavía ecos de su autodefensa pública, esta vez en una entrevista para *Mundial*:

Soy poco autobiográfico. En el fondo, yo no estoy muy seguro de haber cambiado. He madurado más que cambiado. Lo que existe en mí ahora existía embrionaria y larvadamente cuando yo tenía veinte años y escribía disparates de los cuales no sé por qué la gente se acuerda todavía. En mi camino he encontrado una fe. He ahí todo. Pero la he encontrado porque mi alma había partido desde muy temprano en la búsqueda de Dios. Soy un alma agónica, como diría Unamuno (...). Hace algunos años yo habría escrito que no ambicionaba sino realizar mi personalidad. Ahora, podría decir que no ambiciono sino cumplir mi destino. En verdad, lo que siempre me habría aterrado es traicionarme a mí mismo (314).

Nótese la preterición del pasaje: se dice que no va a hablarse de algo sobre lo cual, contradictoriamente, acaba hablándose, ¿o no es "autobiografía" ese análisis de la trayectoria espiritual propia? Tampoco ha de pasarse por alto el hecho de que, indirectamente, el que habla sugiere su predestinación ascética en busca de un camino hacia lo ascendente y divino. Ese destino —de heroísmo religioso— es el que lo ha hecho renunciar casi totalmente a los "disparates" (los poemas, las narraciones) para entregarse a la acción política y a la escritura que más puede apoyarla: la argumentativa.

La entrevista de *Mundial* apareció en julio de 1926. En septiembre del mismo año, con ocasión de presentar la revista *Amauta*, órgano del vanguardismo peruano, hallaremos la siguiente declaración, en la que, nuevamente, se retoma el problema del "yo". Repárese en las alusiones para nada disimuladas a la vida trágica del que escribe, así como el uso innecesario de los pronombres de primera persona del singular:

Amauta ha tenido un proceso normal de gestación. No nace de súbito por determinación exclusivamente mía. Yo vine de Europa con el propósito de fundar una revista. Dolorosas vicisitudes personales no me permitieron cumplirlo. Pero este tiempo no ha transcurrido en balde. Mi esfuerzo se ha articulado con el de otros intelectuales y artistas que piensan y sienten parecidamente a mí. Hace dos años, esta revista habría sido una voz un tanto personal. Ahora es la voz de un movimiento y una generación (Osorio, 1988: 191).

Cabe preguntarse: si tan colectiva es la empresa, ¿por qué ponerse a recordar "vicisitudes personales" que contribuyen a heroizar y a destacar entre la multitud al hablante? ¿Por qué insistir en el problema de la "voz"? De seguir investigando la evolución de la crisis individualista de Mariátegui, se llegará, ni más ni menos, a la "Advertencia" puesta al frente de sus *Siete ensayos*, tan recordada y parafraseada por la crítica a la hora de destacar el apasionamiento del ensayista:

Como *La escena contemporánea* [su libro previo], no es éste un libro orgánico (...). Muchos proyectos de libro visitan mi vigilia; pero sé por anticipado que sólo realizaré los que un imperioso mandato vital me ordene. Mi pensamiento y mi vida constituyen una sola cosa, un único proceso. Y si algún mérito espero y reclamo [es el de] meter toda mi sangre en mis ideas (...).

El número de páginas de estos *Siete ensayos* me parece ya excesivo, tanto que no me consiente completar algunos trabajos como yo quisiera y debiera. Por otra parte, está bien que aparezcan antes de mi nuevo estudio. De este modo, el público que me lea se habrá familiarizado con los materiales y las ideas de mi especulación (...).

Ninguno de estos ensayos está acabado: no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado (...).

Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario.

Es todo lo que debo advertir lealmente al lector a la entrada de mi libro.

La mejor defensa es el ataque: obviamente, esta agresiva introducción prevé y sale a recibir los reproches que ya antes se le habían hecho al escritor. Más importante aun,

DOSSIER

parece oponerse radicalmente a la posición pergeñada en *Amauta*, el deseo de robustecer una expresión plural. No es necesario seguir aportando ejemplos para notar que la postura de Mariátegui con respecto al problema del yo va de un extremo a otro, en un vaivén poco sereno. Sus textos, la manera de expresarse que escoge, con frecuencia suelen desdecir lo que afirma.

A esa tendencia no escapa *Siete ensayos* y he de dedicar a este punto algo de espacio.

III

"Búsqueda de Dios": frase de Mariátegui en plena etapa de composición de su libro

Una de las aspiraciones raigales del marxismo, desde antes de *La ideología alemana*, es la de ser pensamiento científico, superador de lo ideológico. La ciencia moderna, desde luego, se fundamenta en lo comprobable material o racionalmente. Mariátegui está al tanto de eso: no cesa de alegar en *Siete ensayos* datos sociológicos, históricos, estadísticos para sustentar sus pareceres. Pero un contratiempo surge cuando se constata que los Estados que se regían por lineamientos marxistas se plantearon la necesidad de declararse oficialmente ateos: "Poco importa", apunta Mariátegui, "que los soviets escriban en sus *affiches* de propaganda que 'la religión es el opio de los pueblos'. El comunismo es esencialmente religioso (...)" (172)³. Esta reflexión se desarrolla largamente en el ensayo sobre la religión, que propone el aprovechamiento del sentimiento popular para alcanzar y robustecer una nación socialista. Con ello, no es necesario decirlo, Mariátegui se adelanta varios decenios a Michel de Certeau, según el cual "la política nuevamente se ha hecho religiosa" y "hacer creer" de una u otra forma se relaciona en el mundo moderno con el mercado o la publicidad (1988: 180-1). En los *Siete ensayos*, el callejón sin salida al que conduce tal disquisición no es, sin embargo, como tantas veces se ha hecho ver, la mezcla paradójica de lo racional y lo irracional, fruto del sorelismo de Mariátegui, o sea, su aceptación del mito como vía revolucionaria. El problema radica, más bien, en las consecuencias de tipo retórico. La "Advertencia", téngase en cuenta, propone como objetivo del volumen "contribuir a la creación del socialismo peruano": hay, así pues, un grado notable de propaganda en esta escritura. ¿Cómo explicar, siendo ése el caso, que se preconice una filosofía que, llevada ya a la práctica, esté signada desde el principio por diversidades de criterio tan exorbitantes? Mariátegui, gran polemista, está discutiendo con sectores poderosos del marxismo ortodoxo; su libro admite, por consiguiente, que la tendencia en la que se inscribe y que quiere promover es capaz de premisas o conclusiones desencontradas. Si la obra resulta, ante todo, una incitación a la acción, al pragmatismo, ¿qué tipo de seguridad ofrece, entonces? ¿Cómo, para decirlo con Certeau, puede sentir el público confianza

³ La aseveración de *Siete ensayos* se ajusta a la recepción canónica de la memoria de Mariátegui. Benjamín Carrión (1966), para no ir muy lejos, prologando una antología del autor, llega a exclamar: "En una galería de Santos del Espíritu, tengo anunciados un San José Martí y un San José Carlos Mariátegui" (X). Desde luego, en otras ocasiones también se refiere a él como "apóstol" (XV). El final del prólogo es explícito y neotestamentario: "Vida sin torceduras, ni esguinces, vida sin palabrería y sí con Palabra. Reencarnación transubstancial del Verbo, en acción, en justicia y en batalla" (XXIII). Curiosamente, estos renglones de Carrión aparecen casi por las mismas fechas en que Jacques Derrida hacía famosa la expresión "logocentrismo" —e iniciaba su crítica sistemática con libros como *De la grammatologie* (1967).

total en el “producto”? ¿Qué pasa si actuamos y después, gracias a nuestra “especulación”, “investigación” y “polémica” —de las dos últimas se habla también en la “Advertencia”— descubrimos que hemos actuado equivocadamente? El autor deja sin responder esas preguntas.

Otra incongruencia que no ha escapado a diversos comentaristas está en los escritores sobre los cuales *Siete ensayos* empieza a fundar, desde las dos primeras páginas, su autoridad como literatura de ideas. El epígrafe en alemán proviene de *El viajero y su sombra*: “Ya no quiero leer a ningún autor de quien se note que quería hacer un libro, sino sólo a aquéllos cuyos pensamientos llegaron a formar un libro sin que ellos se dieran cuenta”. A esto añadirá Mariátegui: “mi trabajo se desenvuelve según el querer de Nietzsche”. Ahora bien, sabemos que nada más lejano de la aceptación de la lucha de clases y el colectivismo práctico socialista que el nihilismo nietzscheano y su desprecio por la moral judeocristiana, que coarta la concreción de la superhombria. La entrada tutelar de Nietzsche en *Siete ensayos* contraviene incluso los reparos de Mariátegui a la ortodoxia marxista, que se sostenían en la fe en valores divinos y trascendentales. Más inexplicable aún que las citas nietzscheanas será la veneración por Domingo Faustino Sarmiento que consta en varios pasajes del libro y ya la “Advertencia” muestra: “No falta quienes me suponen un europeizante (...). Creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es todavía uno de los fundadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante” (4). No hacía falta que Mariátegui conociera *Conflicto y armonías de las razas* —cosa que sus exegetas se preguntan— para que se percatara del racismo sarmientino; en el *Facundo* ya quedaba claro: exigía el exterminio de indígenas o su radical blanqueamiento cultural y físico en nombre del progreso. Visto el caso, ¿cómo hacer de aquel autor un ejemplo para quienes se identifican precisamente con principios contrarios? Si lo que entusiasma a Mariátegui es que el proyecto nacional sugerido por Sarmiento haya acelerado el proceso capitalista en Argentina —recordado varias veces en *Siete ensayos*—, lo cual ha de facilitar, por la formación de una clase obrera, el paso a la futura etapa socialista, el lector, en consecuencia, podría también inferir que el modelo que debería seguir el Perú sería un equivalente del argentino, o sea, la imposición de la costa occidentalizada a la sierra quechua.

Pero con lo dicho aún no se agotan las paradojas de los *Siete ensayos*. Varias de ellas están vinculadas, precisamente, a su devoción por lo nativo. Confróntense, para no ir muy lejos, los siguientes pasajes:

Lo único casi que sobrevive del Tawantinsuyo [el imperio inca] es el indio; no ha perecido la raza. El material biológico del Tawantinsuyo se revela, después de cuatro siglos, indestructible, y, en parte, inmutable (222).

La cuestión racial —cuyas sugerencias conducen a sus superficiales críticos a inverosímiles razonamientos zootécnicos es artificial, y no merece la atención de quienes conducen concreta y políticamente el problema indígena (227).

¿No es la pretendida indestructibilidad aborígen motivo suficiente para que la cuestión racial, forzosamente, no sea “artificial”? Más contradictoria, con todo, será la defensa del indio que recurre a subrayar obstinadamente aspectos sentidos como negativos en otros grupos sometidos, por circunstancias históricas, al blanco. La antipatía de Mariátegui por

DOSSIER

africanos y asiáticos, descritos como cómplices serviles de los dominadores, no se oculta en ningún momento:

El esclavo negro prestó al culto católico su sensualismo fetichista, su oscura superstición. El indio, sanamente panteísta y materialista, había alcanzado el grado ético de una gran teocracia; el negro, mientras tanto, trasudaba por todos sus poros el primitivismo de la tribu africana (114).

El chino y el negro complican el mestizaje costeño. Ninguno de estos dos elementos ha aportado aún a la formación de la nacionalidad valores culturales ni energías progresivas (...). El chino parece haber inoculado en su descendencia el fatalismo, la apatía, las taras del Oriente decrepito (...). El negro trajo su sensualidad, su superstición, su primitivismo. No estaba en condiciones de contribuir a la creación de una cultura, sino más bien de estorbarla con el crudo y viviente influjo de su barbarie (225-6).

La "cultura" que repetidas veces menciona Mariátegui es la occidental. Pero ello supone el inconveniente de entronizar el universo indígena por el sendero más contraproducente: la aceptación implícita de una superioridad europea. El indio andino, por su tradición, puede asir más fácilmente las aportaciones occidentales:

ya la experiencia de los pueblos de Oriente, el Japón, Turquía, la misma China, nos han probado cómo una sociedad autóctona, aun después de un largo colapso, puede encontrar por sus propios pasos, y en muy poco tiempo, la vía de la civilización moderna y traducir, a su propia lengua, las lecciones de los pueblos de Occidente (228).

Es decir, la lección occidental, que incluye el desprecio por lo "bárbaro", justifica los ascos hechos a negros y chinos. Siendo así, ¿no justificará, por lo mismo, la destrucción u opresión de los indígenas? La lógica de Mariátegui parece sacarnos del atolladero al afirmar —desde el primero de los *Ensayos*— que el "comunismo" de los incas es comparable al que Europa redescubre; en otras palabras, el Tawantinsuyo se adelantó a Marx. No obstante, de ser cierto lo anterior, esa lógica pasa por alto que no tendría ningún sentido la "energía progresiva" con que se valora a los grupos humanos, pues no habría progreso sino regreso en la recuperación del pasado incaico. El tiempo nietzscheanamente, por cierto, daría círculos infinitos y, de una u otra forma, se repetirían cosas que ni el socialismo ni Mariátegui quieren que se repitan: la injusticia, la desigualdad, la explotación del hombre por el hombre⁴.

"Traición a sí mismo": recuérdese el terrible valor que el pensador ha dado a la frase. No podemos evitar percibir que la expresión de *Siete ensayos* constantemente traiciona sus propias ideas.

IV

A los contrasentidos comentados pueden agregarse muchos; de hecho, tales listas se han elaborado (Oviedo, 1991: 70-1). Queda por estudiar el mayor de los conflictos textuales, el origen quizá de los demás. Me refiero al instante en que el texto transgrede las leyes de escritura o lectura que propone.

⁴ Sobre el "abuso" a que Mariátegui somete la idea de raza consúltese Gutiérrez Girardot (2000: 79-80).

¿Cómo se manifiesta esa especie de deslealtad en la obra que analizamos? Para empezar, ha de prestarse atención a la concepción de lo literario que se esboza desde las primeras hasta las últimas páginas del libro. Transcribiré sólo algunas muestras que ayudan a distinguir un tono constante:

El problema indígena no admite ya la mistificación a que lo ha sometido una turba de abogados y literatos consciente o inconscientemente mancomunados con los intereses de la casta latifundista (Mariátegui, 1979: 21).

Quienes desde el punto de vista socialista estudiamos y definimos el problema del indio empezamos por declarar [que] el más absurdo de los reproches que se nos pueden dirigir es el de lirismo o literaturismo. Colocando en primer plano el problema económico-social, asumimos la actitud menos lírica y literaria posible (...). Comenzamos por reivindicar, categóricamente, [el derecho del indio] a la tierra. Esta reivindicación materialista debería bastar para que no se nos confundiese (31).

España nos legó un sentido aristocrático y un concepto eclesiástico y literario de la enseñanza (...). Fijemos la atención en cualquier familia: será una gran fortuna si logramos hallar algún agricultor, comerciante, industrial o marino; pero es indudable que habrá en ella algún abogado o médico, militar o empleado, magistrado o político, profesor o literato, periodista o poeta. Somos un pueblo donde ha entrado la manía de las naciones viejas y decadentes, la enfermedad de hablar y de escribir y no de obrar, de "agitar palabras y no cosas" (69-70).

Los abogados y literatos procedentes de las aulas de humanidades, preparados por una enseñanza retórica, pseudoidealista, han sido siempre mucho más inmorales que los técnicos provenientes de las facultades e institutos de ciencia (102).

Antiarielismo, por supuesto. Despecho de alguien que no ha podido por accidente continuar su educación formal: quizá. Pero en ese desprecio por la letra y quienes la cultivan hay más. Es casi inevitable que hagamos una comparación en la que el lector probablemente ya ha pensado: el caso Mariátegui y el caso de Eugenio María de Hostos. Ambos, luchadores por causas americanas; ambos, denunciadores de las trampas que encierran las letras para quienes tienen deberes sociales inmediatos.

En el puertorriqueño, pese a lo anterior, encontraremos una coherencia de principios no atribuible al peruano: su postergación de la literatura fue disciplinada y prácticamente total. A partir de cierto momento de su carrera, el tratado y el estudio substituyen por completo a géneros literarios o cercanos a lo literario. Cuando Hostos recuerda las "corruptoras" letras en esa etapa de su labor, lo hace fugazmente, para dejar en claro el lugar marginal que el arte verbal tenía en su nueva cosmovisión: *Moral social* (1888), su libro más importante, no le dedica al asunto más que tres capítulos cortos e inflexibles. Cuando Mariátegui altera el curso de su vocación creadora inicial y se concentra en quehaceres políticos, hacia 1918, en cambio, lo hace de manera vacilante. No arranca de raíz su gusto literario —dirige *Amauta*; publica una novela corta poco antes de morir—; más importante aún, no alcanza nunca el objetivo que se había propuesto: ser autor, como lo fue Hostos, de textos sistematizadores del saber; textos filosóficos, científicos, "orgánicos", como diría. El libro concluyente prometido en *Siete ensayos*, que al parecer se titulaba *Ideología y política en el Perú*, jamás aparece. Peor aún: la leyenda que se ha tejido en torno a la vida trágica de Mariátegui asegura que el manuscrito se perdió en el correo —dato asombroso, ya que se trataba de alguien consciente de la "realidad peruana" y, por ende, del funcionamiento de sus instituciones.

DOSSIER

En otras palabras, Mariátegui, al decidir acusar a los letrados, se divide en dos sujetos hasta cierto punto opuestos: el que reconoce las asechanzas de lo literario y el que se niega a abandonar un campo tan peligroso. Para poner a circular sus ideas antiliterarias, emplea, ni más ni menos, el ensayo. No sólo eso: el capítulo más extenso, la síntesis y palabra final de su obra capital, se ocupa de la literatura.

Claro está, el ideólogo debe justificar su notoria negación de sí mismo. Y cuando lo hace, agrava aún más su falta. Se ha propuesto acabar con la "escisión" que observa en el entorno nacional. Los Andes deben imponerse definitivamente a la costa, pues son el Perú verdadero. Sin embargo, cuando habla de literatura, añade a ese universo escindido una nueva dicotomía que, asegura, no puede resolverse dialécticamente por síntesis: la de una literatura inmoral, introspectiva, "pasadista", para nada interesada en el pueblo ni útil a él, y una literatura de todos, que se ha despojado del egoísmo liberal. En otras palabras, hay una literatura propia de la cultura costeña, de filiación virreinal, y otra de la andina, proaborigen. "Hoy la ruptura es sustancial", asevera, "el 'indigenismo' está extirpando poco a poco al 'colonialismo'" (231). Esta distinción es luminosa a veces, sobre todo cuando se trata de reinterpretar algunos aspectos de figuras como las de Palma o González Prada; pero la oposición es sostenida tan radicalmente, que Mariátegui se ve forzado, en su revisión de la historia literaria peruana, a decir que en Garcilaso el Inca hay "más inka que conquistador, más quechua que español" (154), cuando éste mismo en los *Comentarios reales* había llegado a la conclusión de que veía el mundo "con los unos y con los otros".

Esos detalles críticos son lo de menos. Vale más la pena detenerse a pensar en la ahistoricidad del dualismo que se esboza en los *Siete ensayos*, en el que uno de los términos tiene que prevalecer sobre el otro. "Indestructible" e "inmutable", adjetivos usados para describir el material biológico del Tawantinsuyo, se equiparan a *inmóvil*. Mariátegui es digno sucesor de Sarmiento, con su civilización y su barbarie. Incluso, podría afirmarse —esto ya lo aterrará e irritará su fobia a los "letrados pseudoidealistas"— que es heredero directo de Rodó, aquél de Ariel versus Calibán, Norte contra Sur, germanos contra latinos.

Más acá del bien y del mal, precisamente donde nos coloca *Siete ensayos*, es necesario hacer comentarios adicionales en lo que respecta a la literatura "extirpable". Hemos constatado, en varias citas, algunos de sus rasgos: la cultivan escritores pertenecientes a la oligarquía o embotados por la educación que ésta ha amparado, la proveniente de la Colonia; clerical, poco práctica, destinada a hidalgos que no quieren ensuciarse las manos. Lo que más se condena en esa literatura es el yoísmo, y la idea se repite obsesivamente:

Aguirre, literato individualista, se complace en ignorar en la historia a la muchedumbre. Su mirada de romántico busca exclusivamente al héroe (51).

La poesía de Chocano nos coloca, primero, ante un caso de individualismo exasperado y egoísta, asaz frecuente (...) en la falange romántica (178).

Los "colónidos" tomaron de González Prada lo que menos les hacía falta. Amaron lo que en él había de aristócrata, de parnasiano, de individualista (184).

Nada recuerda [en la poesía de Vallejo] la queja egolátrica y narcisista del romanticismo (207).

Alberto Guillén heredó de la generación "colónida" el espíritu iconoclasta y egolátra. Extremó en

su poesía la exaltación paranoica del yo (208).

Aunque podamos estar de acuerdo en que la calidad literaria de algunos de los sujetos reseñados sea dudosa, el acoso empecinado promovido por la voz ensayística es susceptible de leerse en sentido contrario, igual que tantos otros elementos textuales. Basta recordar la dramática "Advertencia" que encabeza al libro y nos prepara para enfrentarnos a una obra forjada con la "sangre" del autor; una obra que, retóricamente, confunde escritor y escritura, "lo por mí escrito, vivido y pensado". *Pathos* romántico hay mucho en estas confesiones que, justamente por eso, se han hecho memorables.

Si no fuera suficiente el choque del antiindividualismo y las palabras liminares, podría experimentarse otro recorrido que prueba la violenta contradicción estructural de *Siete ensayos* en el plano de los mecanismos de enunciación del discurso, es decir, en la manera como se plasman objetividad o subjetividad. Releamos los *Ensayos* atendiendo al hablante del texto.

La primera pieza, que comienza con una impersonalidad semejante a la de los libros científicos, apenas alberga algún "nosotros" y algún "yo" caracterizados sólo por inquietudes de tipo intelectual; estamos ante el investigador y su audiencia: "Examinemos ahora los lineamientos (...)" (7); "me parece que estos son los principales aspectos de la evolución económica del Perú (...). Haré una constatación final (...)" (15). Esos sujetos resultan más o menos universales y transparentes en el sentido de que el saber no da indicios de provenir o depender en gran medida de ellos. Tal objetividad autoriza lo dicho, lo reviste del poder propio del experto en economía o sociología. La nota más personal es la de un nosotros que se refiere a los hombres y las mujeres que comparten una nacionalidad y que, por consiguiente, sienten particular inquietud por sus asuntos: "España nos quería y nos guardaba como país productor de metales preciosos (...)" (10). No obstante, no iremos más allá de la colectividad; el individuo existe únicamente en el seno de ella.

En el tercer ensayo la situación cambia. El nosotros intelectual comienza a hacerse más enfáticamente concreto y a referirse a un número de personas mucho más reducido. Ahora se trata de "quienes desde puntos de vistas socialistas estudiamos y definimos el problema del indio" (31). El yo también se somete a un proceso parecido: "congruentemente con mi posición ideológica, yo pienso que la hora de ensayar en el Perú el método liberal, la fórmula individualista, ha pasado ya" (32). Fijémonos en dos detalles: como en otras ocasiones en la prosa de Mariátegui, el uso del pronombre sujeto es aquí superfluo; como en otras ocasiones, igualmente, el ensayista se muestra angustiado por la cuestión de traicionarse o no a sí mismo. No creo que la conjunción de ambos factores en una sola oración sea casual.

Precisamente, en el tercer ensayo el yo que se había anunciado tajante, protagónico en la "Advertencia" y luego se había ocultado vuelve a aparecer:

[E]ste aspecto de la colonización, como otros muchos de nuestra economía, no ha sido aún estudiado. Me ha correspondido a mí, marxista convicto y confeso, su constatación. Juzgo este estudio fundamental para la justificación económica de las medidas que, en la futura política agraria, concernirán a los fundos de los conventos y las congregaciones (39).

El hasta ahora más o menos distante estudioso no sólo tiene un método y una filosofía,

DOSSIER

sino que también tiene biografía: son conocidas sus convicciones; es el primer individuo que ha hecho cierto tipo de tarea —un hallazgo, por cierto. Es original; se ha atrevido a imponerse a la colectividad de los intérpretes de la realidad patria. En ese estadio enunciativo se manifestará el hablante de Mariátegui hasta que lleguemos al último ensayo, “El proceso de la literatura”. Aquí el vuelco será enorme. No cambia el biografismo ya establecido: pierde, más bien, los últimos resabios de timidez. Se magnifica. El personaje del investigador o el intérprete que sabe casi siempre dominar sus pasiones se desecha totalmente. Lo substituye otro:

La palabra proceso tiene en este caso su acepción judicial. No escondo ningún propósito de participar en la elaboración de la historia de la literatura peruana. Me propongo, sólo, aportar mi testimonio a un juicio que considero abierto. Me parece que en este proceso se han oído hasta ahora, exclusivamente, testimonios de defensa, y que es tiempo de que también se oigan testimonios de acusación. Mi testimonio es convicta y confesamente un testimonio de parte. Todo crítico, todo testigo cumple consciente o inconscientemente una misión. Contra lo que baratamente pueda sospecharse, mi voluntad es afirmativa, mi temperamento es de constructor, y nada me es más ajeno que el bohemio iconoclasta y disolvente; pero mi misión ante el pasado parece ser la de votar en contra (...). Mi crítica renuncia a ser imparcial o agnóstica, si la verdadera crítica puede serlo, cosa que no creo absolutamente (...). Declaro, sin escrúpulo, que traigo a la exégesis literaria todas mis pasiones e ideas políticas (149-50).

Estamos ante una voz que asume no sólo papel de testigo, como dice, sino también de juez, fiscal y jurado —quien critica y juzga no es, a fin de cuentas, el que aporta su testimonio—; el ensayista, en otras palabras, monopoliza todos los papeles menos el de acusado. Mariátegui, que antes ha alabado la decisión de los puritanos que fundan a los Estados Unidos, la de renunciar al placer terrenal para obtener, en cambio, el poder y el éxito (117-8), logra en las páginas de su libro poner en escena ese proceso que desea para el Perú: acabar con el sometimiento, alcanzar el poderío. Pero cuidado: el individuo que protagoniza el ensayo es el que acusa y el que juzga. No sólo eso: es el que conoce y describe la verdadera literatura peruana, pues, como asegura, “me he propuesto esbozar sus lineamientos y rasgos esenciales” (230). Ha tenido el privilegio, entre todos los mortales, de haber captado “esencias”, no apariencias. Un señor omnipotente habla aquí. O, al menos, un héroe. Y ya sabemos lo que los *Siete ensayos* opinan de ese tipo de figuras.

V

A estas alturas, el lector ya se preguntará el porqué del título de este trabajo. Sale de un pasaje de Mariátegui; uno de los tantos en los que retrata la batalla maniqueísta que ve en su patria:

Henríquez Ureña dice que hay dos Américas: una buena y otra mala. Lo mismo se podría decir de Lima. Lima (...) es la hija de la Conquista. Pero desde que, en la mentalidad y el espíritu, cesa de ser sólo española para volverse un poco cosmopolita (...), deja de aparecer exclusivamente como el hogar del colonialismo (...). La nueva peruanidad es una cosa por crear. Su cimiento histórico tiene que ser indígena. Su eje descansará quizá en la piedra andina, mejor que en la arcilla costeña (165-6).

La obra maestra de Mariátegui, pese a lo así expuesto, lejos está de ser esa “piedra”

serrana. Su solidez conceptual es relativa. Aunque sus aciertos en algunos aspectos son enormes, no escasean las inexactitudes; basta echar un vistazo a lo que ha dicho la misma crítica marxista. A ello ha de sumarse algo que ya se habrá previsto a lo largo de estos apuntes: la sangre con que ha sido escrito este libro no coagula del todo. El ensayista, no obstante dé a entender que conoce la "verdad", también acepta que su labor es provisional. Puede aún modelarse. Está más cerca de la arcilla que de la piedra. Esta última, por lo visto, se perdió en el correo.

Dice Mariátegui, sin separarse en esto del marxismo que lo precedió, que el escritor, quiéralo o no, consciente o inconscientemente, es portador de una ideología. De la misma manera podría aseverarse que todo escritor porta algo que se llama literatura y que lo manipula hasta cierto punto; su texto "es" él, pero también una tradición, una colectividad, un acuerdo social. Esa convención que se ha encargado de que en *Siete ensayos* se frustrara el discurso de la piedra no es otra que el ensayo mismo. ¿Cómo predicar la neutralización del individualismo echando mano de una institución literaria que nace y se desarrolla nada más y nada menos que como retrato hablado del escritor?: "yo mismo soy el asunto de mi libro", advertía Montaigne al introducirnos en los *Essais*. Sarmiento, abiertamente admirado por Mariátegui, también anunciaba en uno de los prólogos al *Facundo* que su labor era "ensayo y revelación para mí mismo de mis ideas".

El drama del yo que vemos desplegarse en *Siete ensayos* no es sino uno de los hábitos del ensayismo canónico, el que propone a sus cultivadores subjetividad, provisionalidad y cierta dosis de escepticismo o, si no, cautela con respecto al conocimiento. Desde Santa Cruz y Espejo y su "Ensayo sobre determinar los caracteres de la sensibilidad" (1792), Hispanoamérica cuenta con una añeja familia de excelentes ensayistas que siguen con fidelidad el patrón inicial montaigniano. Mariátegui es uno de ellos: quizá por eso su prometido estudio jamás llegó y los carteros se apropiaron de algo, para ellos, tan incomprensible e inútil.

Las ideas expresadas ensayísticamente suelen ser plásticas, están en formación; no alcanzan todavía un estado definitivo. Son "prueba", no realización formal. Ello explica que rara vez los dogmas, como ha sugerido Theodor Adorno, tengan cabida en el género (1991: 1-7). El objetivo que se propuso Mariátegui a la hora de organizar los *Siete ensayos* era demasiado rígido y convencido —o "convicto y confeso"— para ser asimilado por un libro que no era "orgánico". De esa duplicidad violenta surgen todas las demás. Los dos Mariátegui a los que me he referido también pueden concebirse en términos de un ideólogo mesiánico y un descreído, egocéntrico ensayista. El primero reprime severamente al segundo. Se ensaña, irascible, y pierde por ello el sentido de la realidad —al menos de la realidad verbal—. Proyecta, así pues, el enfurecimiento consigo mismo sobre todos los "yos" que divisa en el horizonte⁵. El perseguido, censurado, escondido ensayista finalmente se rebela y nos entrega uno de los libros más discutidos, más apasionantes, pero, sobre todo, más sorprendentemente intimistas de las letras hispanoamericanas.

⁵ Mariátegui no dejó de percatarse del contradiscurso que se escondía en su libro. "El proceso de la literatura" se inicia con una nota donde se intenta justificar la absoluta ausencia de dialéctica en los

Bibliografía

- Adorno, Theodor. *Notes to Literature*. 1958. 2 vols. S. Trad. Weber Nicholson. New York: Columbia University Press, 1991.
- Carrión, Benjamín. *Antología de José Carlos Mariátegui*. México: B. Costa-Amic, 1966.
- Certeau, Michel de. *The Practice of Everyday Life*. Trad. S. Rendall. Berkeley: University of California Press, 1988.
- Derrida, Jacques. *De la grammatologie*. 1967. Paris: Les Éditions de Minuit, 1997.
- Díaz, Filiberto. «Mariátegui y los *Siete ensayos*: un estudio y comentario». *Cuadernos Americanos*, 3, 1970.
- Foster, David W. *Para una semiótica del ensayo latinoamericano*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1983.
- Giordano, Jaime. *La edad de la náusea*. Santiago de Chile: Instituto Profesional del Pacífico, 1985.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *César Vallejo y la muerte de Dios*. Bogotá: Panamericana, 2000.
- Hostos, Eugenio María de. *Moral social / Sociología*. 1888. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982.
- Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. 1928. A. Quijano y E. Garrels (eds.). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Montaigne, Michel de. *Essais*. A. Thibaudet (ed.). 1580. Paris: Gallimard, 1950.
- Osorio, Nelson (ed.). *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1988.
- Oviedo, José Miguel. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1991.
- Perus, Françoise. "Heterogeneidad cultural e historia en los *Siete ensayos* de José Carlos Mariátegui". En: José Antonio Mazzotti y U. Juan Zevallos (eds.). *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Philadelphia: Asociación Internacional de Peruanistas, 1996: 249-58.
- Rouillon, Guillermo. *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui*. Lima: Universidad de San Marcos, 1963.
- Rouillon, Guillermo. "Prólogo" a: José Carlos Mariátegui. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1955.
- Santa Cruz y Espejo, Francisco Javier Eugenio de. *Primicias de la cultura de Quito*. 1792. Facsímil. Quito: Archivo Municipal, [1792] (1947).
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. 1845. R. Yahni (ed.). Madrid: Cátedra, 1990.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Conflicto y armonía de las razas en América*. 1883. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915.

esquemas dicotómicos de los *Siete ensayos*; se cita a Gobetti: "A los individuos tocan las posiciones netas; la conciliación, la transacción es obra de la historia tan sólo; es un resultado". Con lo anterior, no obstante, se pasa por alto que las síntesis esperadas dependen de una entidad suprahumana o, más bien, hipotética: ¿no es esa "historia" a la que se hace referencia una prosopopeya? ¿No es una irresponsabilidad dejar en manos de un tropo la tarea de solucionar los conflictos concretos de la sociedad? En todo caso, el hecho de que Mariátegui no haya incorporado un tema tan serio y determinante en el cuerpo textual antes de ponerse a lucubrar indica que la organización coherente de sus palabras se le había escapado de las manos y una segunda lectura se lo reveló.